



Sigmund

Freud

Los orígenes
del psicoanálisis

Los orígenes del psicoanálisis reúne una selección de cartas y notas dirigidas por Sigmund Freud a Wilhelm Fliess, médico y biólogo berlinés, durante el fecundo período en el que se gestaron algunas de sus obras capitales. La selección recoge el material relacionado con la labor y las inquietudes científicas de Freud, así como las circunstancias sociales y políticas en que se formó la escuela psicoanalítica.

Prólogo a la edición alemana

El presente volumen contiene una selección de la correspondencia cambiada entre Sigmund Freud y Wilhelm Fliess, médico y biólogo de Berlín, durante los años 1887 a 1902. Bajo el dominio nacionalsocialista en Alemania, las cartas de Freud a Fliess aquí publicadas fueron a dar, junto con otros documentos legados por Fliess, a manos de librerías anticuarias, y por su conducto llegaron a posesión de los recopiladores. Las cartas de Fliess a Freud, en cambio, nunca han sido halladas.

Marie Bonaparte tuvo a su cargo la preparación del material para la edición alemana, mientras que Anna Freud y Ernst Kris efectuaron la selección individual de las piezas publicadas. Este último es responsable, además, del «Estudio preliminar» y de todas las notas.

El total de esta correspondencia consta de 284 piezas de variada extensión (tarjetas postales, tarjetas ilustradas, cartas, notas, manuscritos). La selección fue supeditada al principio de publicar todo lo pertinente a la labor y a las inquietudes científicas de Freud, así como a las circunstancias sociales y políticas en las que se desarrolló el psicoanálisis. En cambio, fueron abreviados u omitidos aquellos pasajes o aquellas piezas cuya publicación hubiese sido incompatible con la discreción profesional o personal; los esfuerzos del autor por discutir las teorías científicas y los cálculos periódicos de Fliess; además, todas las repeticiones de idénticas ideas, las frecuentes referencias a citas concertadas, a reuniones planeadas o realizadas y a múltiples incidentes cotidianos en el círculo de las respectivas familias o de las

mutuas amistades. El cuadro sinóptico que sigue a este prólogo refleja la proporción entre el material existente y el que aquí es publicado.

Este volumen no contiene nada sensacional y está principalmente destinado al lector y al estudioso concienzudo de las obras ya editadas de Freud. El «Estudio preliminar» y las notas^[1] tienen la finalidad de facilitar la comprensión de las cartas y de los distintos manuscritos, estableciendo al mismo tiempo su relación con las obras simultáneas y ulteriores de Freud. [En la edición inglesa se han incluido referencias a publicaciones más recientes, expresando los recopiladores su agradecimiento a James Strachey y a Alfred Winterstein por una serie de sugerencias y correcciones que han sido adoptadas^[2]].

Las cartas han sido numeradas en orden cronológico, mientras que las notas y los manuscritos se designan alfabéticamente. Casi todas las cartas se encuentran fechadas por su autor, o bien su cronología pudo ser establecida por el matasellos del correo; las escasas piezas que carecían de tal identificación fueron insertadas por los recopiladores en el texto que mejor parecía coincidir con su contenido. Las omisiones han sido marcadas con puntos suspensivos (...); la puntuación del texto, completada; las abreviaciones de palabras y de oraciones, integradas, y se corrigió la ortografía anticuada. Todas las palabras o los pasajes agregados por los recopiladores se encuentran entre corchetes [...]^[3].

El autor del material contenido en este volumen no habría consentido la publicación de ninguna de sus partes. Freud tenía la costumbre de destruir todas las notas, bocetos y borradores en cuanto dejaban de cumplir su finalidad; nunca entregaba al público algo temáticamente inconcluso, y sólo publicaba asuntos de índole personal cuando los consideraba como material imprescindible para ilustrar determinadas relaciones inconscientes. A pesar de las inevita-

bles reservas inspiradas por el respeto a esta actitud de su autor, los recopiladores se consideran justificados al editar esta correspondencia, conservada merced al azar, pues, mejor que ningún otro material disponible a la sazón, ella amplía nuestras nociones sobre la prehistoria y la historia inicial del psicoanálisis; nos permite conocer determinadas fases que recorrió el proceso de la elaboración intelectual en Freud, desde sus primeras impresiones clínicas hasta la formulación de su teoría; finalmente, nos ofrece un atisbo de los rodeos y callejones sin salida en que incurrió al formar sus hipótesis, y reanima ante nosotros una imagen del autor durante esos años azarosos en los cuales su interés se desplazó de la fisiología y la neurología hacia la psicología y la psicopatología.

[Desde que se publicó la versión original alemana de este tomo (Imago Publishing Co., Londres, 1950), ciertos lectores parecen haberse formado la impresión de que por fin les serían accesibles los «secretos» de la vida personal de Freud. Teniendo esto en cuenta, deseamos aclarar que el material aquí publicado complementa hasta cierto punto una serie de datos sobre la vida y las experiencias de Freud que ya conocemos a través de *La interpretación de los sueños* y de otras obras suyas; pero tanto las cartas a Fliess como lo que Freud se consideró obligado a escribir sobre sí mismo en sus demás obras publicadas no revelan más que ciertos aspectos de las inquietudes científicas y de las preocupaciones que lo embargaban a la sazón. I.]

MARIE BONAPARTE	ANNA FREUD	ERNST KRIS
París	Londres	Nueva York

Estudio preliminar, por Ernst Kris

1. *Las inquietudes científicas de Wilhelm Fliess*

Las cartas a Fliess nos ofrecen un retrato de Freud durante los años en los cuales abordaba, a tientas al principio, un nuevo campo de estudio, el de la psicopatología, para alcanzar en este terreno aquellas nociones en las cuales reposa el psicoanálisis, como teoría y como terapéutica. Vemos a Freud esforzándose por aprehender «un problema intelectual que nunca había sido planteado antes^[4]» y bregando con un ambiente cuya hostilidad hacia su obra llegaba al punto de poner en peligro la existencia material de su familia; además, nos permite seguirlo en un trecho del camino hacia la profundización de las nociones recién adquiridas, superando para ello la resistencia de sus propios impulsos inconscientes.

Las cartas abarcan el período de 1887 a 1902, o sea, en la vida de Freud, desde los treinta y uno hasta los cuarenta y seis años; desde que se estableció como especialista para enfermedades nerviosas y mentales hasta sus estudios previos a los *Tres ensayos sobre teoría sexual*. Durante los años a los cuales se extiende esta correspondencia, además de sus primeros trabajos sobre las neurosis, se gestaron los *Estudios sobre la histeria*, *La interpretación de los sueños*, *Psicopatología de la vida cotidiana* y *Análisis fragmentario de una histeria*.

El lector de estas cartas se encuentra, por decirlo así, en la situación de quien, escuchando una conversación telefónica, sólo oyese las palabras de uno de los interlocutores y se viera obligado a adivinar las del otro. Como en este caso su interés se concentraría únicamente en las palabras que escucha, es posible que al principio se inclinase a descartar mentalmente al interlocutor inaudible, pero no tardaría en comprobar la imposibilidad de seguir la conversación sin reconstruir de tanto en tanto el diálogo completo.

La amistad con Wilhelm Fliess [1858-1928], la más íntima que conocemos en la vida de Freud, se encuentra tan estrechamente vinculada, como factor estimulante e inhibidor a la vez, con el desarrollo de sus teorías durante el último decenio del siglo pasado, que es imprescindible comenzar por familiarizarse someramente con las inquietudes científicas que Fliess perseguía. De haberse conservado sus cartas a Freud no sólo podríamos seguir hasta los menores detalles su intercambio de ideas, sino que también lograríamos una impresión fidedigna acerca de la personalidad de Fliess. Así, empero, debemos reducirnos a las escasas noticias que podemos derivar de los propios escritos de Fliess y de las encuestas entre quienes lo conocieron personalmente. Todos destacan el caudal de sus conocimientos biológicos, su enorme capacidad imaginativa en el terreno de la medicina, su inclinación a las especulaciones más vastas y el impresionante poder sugestivo de su personalidad, pero también su tendencia a sostener dogmáticamente toda opinión adoptada. Tales características también se traducen parcialmente en sus obras publicadas.

Fliess poseía la formación de un especialista en otorrinolaringología, pero su cultura médica y sus inquietudes científicas trascendían ampliamente de este limitado sector. En su práctica clínica la terapia otolaringológica constituía el núcleo central de una vasta actividad como médico de consulta, que ejerció hasta el fin de su vida en Berlín, abarcando una extensa clientela. Sus trabajos científicos lo lle-

varon allende los límites de la medicina, al campo de la biología general. El primero de sus estudios más importantes que se decidió a publicar a instancia de Freud (cf. la carta núm. 10) concernía a un síndrome clínico.

Muy al comienzo de sus estudios, el interés de Fliess fue despertado por un conjunto de síntomas que había conseguido eliminar mediante la cocainización de la mucosa nasal, fundando en este descubrimiento la convicción de hallarse frente a una entidad clínica definida: una neurosis refleja de origen nasal^[5]. Según sus propias palabras, ésta debía ser considerada «como un complejo formado por síntomas diversos, a semejanza del síndrome de Menière^[6]». Distinguía en él tres clases de síntomas: cefalalgias, neuralgias (en los brazos, a la altura del ángulo inferior de los omóplatos o en la región interescapular, en los espacios intercostales, en la zona precordial, a nivel del apéndice xifoideas, del epigastrio, en los hipocondrios, en la región lumbar, pero especialmente «neuralgias gástricas») y, por fin, trastornos funcionales, en particular del aparato digestivo, del corazón y del aparato respiratorio.

El número de los síntomas mencionados es grande —dice Fliess—, y, sin embargo, todos ellos se originan en una misma localización: en la nariz. En efecto, su interdependencia no es demostrada por su concomitancia, sino por su desaparición simultánea, pues lo característico de todo este complejo sintomático radica precisamente en el hecho de que puede ser transitoriamente abolido anestesiando con cocaína las zonas nasales responsables^[7].

Fliess sostenía que la neurosis nasal refleja responde a una doble etiología: podría ser ocasionada por alteraciones orgánicas, como «las secuelas nasales de enfermedades infecciosas», pero también por «trastornos funcionales puramente vasomotores». Esta última causación explicaría por qué «las manifestaciones de la neurastenia, o sea, de las

neurosis de etiología sexual, adoptan con tal frecuencia la forma de la neurosis nasal refleja^[8]». Esta frecuencia era explicada por Fliess admitiendo una relación especial entre la nariz y el aparato genital. Así, recordaba el hecho de que las hemorragias nasales suelen ser vicariantes de la menstruación, que «la ingurgitación del cornete inferior durante la menstruación es visible a simple vista», y menciona casos en los cuales la aplicación nasal de la cocaína habría provocado el aborto. También en el hombre postulaba la existencia de una conexión particular entre las zonas genital y nasal. En algunos trabajos ulteriores desarrolló más ampliamente esta pretendida relación, basándose al principio en pruebas puramente clínicas.

Su interés no tardó en trascender la comprobación clínica de que «determinadas partes de la nariz desempeñan un importante papel en el origen de dos trastornos (la neuralgia gástrica y la dismenorrea)», arribando a la conclusión de que «ciertas alteraciones hiperplásticas exógenas de la nariz» llevan a «la resolución definitiva de los fenómenos a distancia, una vez eliminado el trastorno nasal», o que «alteraciones vasomotoras endógenas de la nariz» tienen su origen «esencialmente... en los órganos sexuales^[9]». Fliess estaba dedicado a los problemas de la vida sexual humana en general, de modo que Freud, en una época en que sólo conocía imperfectamente sus proyectos y trabajos, bien podía suponer que aquél habría resuelto «el problema de la concepción»; es decir, la cuestión relativa al período en el cual sería mínima la posibilidad de la fecundación. Las inquietudes de Fliess, empero, estaban dirigidas hacia una meta muy distinta.

A mediados de 1896 remitió a Freud el manuscrito de su libro sobre «las relaciones entre la nariz y los órganos genitales femeninos, consideradas en su aspecto biológico», que a comienzos del año siguiente se hallaba impreso^[10]. En él Fliess toma por punto de partida la teoría sobre la co-

nexión entre la nariz y los genitales femeninos, expuesta en su trabajo anterior (1895), ampliando en múltiples sentidos las afirmaciones allí establecidas. En efecto, durante la menstruación se observarían regularmente alteraciones nasales; luego considera el valor diagnóstico y terapéutico de la cocainización del «punto nasal», dicho valor sería considerable, pues la menstruación representa

«el prototipo de numerosos fenómenos de la vida sexual..., tal como, en particular, el acto del parto y el proceso del puerperio equivalen hasta en sus menores detalles a un proceso menstrual trasmutado, tanto cronológicamente como por su índole misma».

El «genuino dolor del parto» y la «dismenorrea nasal» serían, «morfológicamente considerados», homólogos.

Estos «hechos», que Fliess procura apoyar con un cúmulo de observaciones, lo conducen a hipótesis de amplia envergadura acerca del papel que los períodos desempeñarían en la vida humana. En la introducción de su libro de 1897 formula estas ideas más agudamente que en la anterior monografía, a menudo un tanto pesada:

La hemorragia catamenial —dice allí— sería la expresión de un proceso... propio de ambos sexos y cuyo comienzo antecede a la pubertad... Los hechos comprobados nos obligan a destacar aún otro factor. De acuerdo con aquéllos, además del proceso menstrual, con su tipo de veintiocho días, existe otro grupo de procesos periódicos, con un ciclo de veintitrés días, a los cuales se hallan sujetos asimismo los individuos de todas las edades y de ambos sexos.

La consideración de estos dos grupos de procesos periódicos ha prestado asidero a la conclusión de que guardan una sólida e íntima relación con las características sexuales femeninas y masculinas, respectivamente. Las circunstancias de que ambos aparezcan, aunque distintamente

acentuados, *tanto en el hombre como en la mujer*, no hace sino confirmar la bisexualidad de nuestra disposición [*Anlage*].

Una vez establecidas estas nociones, nos vimos obligados a reconocer que en tales períodos sexuales el desarrollo y la estructuración de nuestro organismo se realiza por brotes, y que aquéllos determinan el día de nuestra muerte tanto como el de nuestro nacimiento. Los trastornos patológicos están sujetos a las mismas leyes cronológicas que gobiernan dichos procesos periódicos.

La madre transmite sus períodos al hijo y determina el sexo de éste por aquel período que primero le transmite. Luego, dichos períodos siguen oscilando en el hijo y se repiten con idéntico ritmo de generación en generación. Como la energía en general, es imposible que se originen de la nada, y su ritmo nunca se extinguirá mientras existan seres organizados que se reproduzcan sexualmente. Por tanto, la existencia de tales ritmos no está limitada al ser humano, sino que se extiende al reino animal y, probablemente, a través de todo el mundo orgánico. Más aún: la maravillosa exactitud con la cual se impone el período de veintitrés, respecto del de veintiocho días enteros, permite sospechar una relación más profunda entre las condiciones astronómicas y la creación de los organismos.

He aquí los amplios principios básicos de la teoría de los períodos de Fliess, que éste siguió desarrollando durante varios decenios, ante todo en su obra principal, *Der Ablauf des Lebens* [«El decurso de la vida»], cuya primera edición apareció en 1906 y la segunda en 1923^[11]. La primera exposición de su teoría, en 1897, fue complementada luego por una serie de monografías dedicadas primordialmente al tema de la bisexualidad, pero en todas ellas el autor insistió siempre en la «demostración matemática» de su doctrina, con una obstinación que se sobreponía a las más flagrantes contradicciones.

Mientras que algunas de las comprobaciones clínicas de Fliess han sido adoptadas por la ginecología y la otolaringología modernas, su teoría de los períodos, que al ser publicada suscitó interés crítico, fue rechazada casi unánimemente por los biólogos contemporáneos; en particular sus cálculos periódicos, basados en falsas inferencias lógicas, han sido reconocidos desde hace tiempo como crasos errores^[12].

En la época de su encuentro con Freud, Fliess aún no había publicado ninguno de estos trabajos, pero es evidente que su personalidad se distinguía ya entonces por su tendencia a la especulación más amplia y osada. Cuando en el otoño de 1887 llegó a Viena en viaje de estudios, concurrió también, probablemente aconsejado por José Breuer, a las clases de neurología que dictaba Freud. Aprovechó esa ocasión para discutir con él las nuevas concepciones que éste desarrollaba sobre la anatomía y la fisiología del sistema nervioso central, o sea, ideas y proyectos que sólo en parte llegaron a madurar y a ser publicados. La correspondencia siguiente a este encuentro comenzó como la de dos médicos especialistas que se recomiendan pacientes mutuamente, y sólo a partir de 1893 convirtiese en un continuo intercambio de ideas entre dos amigos íntimamente unidos por inquietudes científicas comunes, que incesantemente contemplan el propósito de publicar algo en colaboración, aunque nunca llegan a realizarlo. El afianzamiento de su amistad se vio facilitado exteriormente por la circunstancia de que Fliess casara en 1892 con una vienesa perteneciente al círculo de los pacientes de José Breuer, de modo que no tardaron en darse múltiples oportunidades para que ambos hombres se encontraran. Al poco tiempo, sin embargo, los dos amigos comenzaron a reunirse fuera del círculo de sus familias y de sus amigos vieneses, reuniones que Freud llamaba «congresos», y en las cuales intercambiaban sus ideas y sus comprobaciones científicas. Muchas de las cartas de Freud están destinadas simplemente a

servir de puente entre estos encuentros y se hallan colmadas de referencias a cuanto en ellos se había conversado^[13].

Durante los primeros años de su relación ambos amigos tenían muchas circunstancias en común: eran jóvenes especialistas entregados a la investigación científica, hijos de comerciantes judíos de la clase media, que se esforzaban por consolidar sus familias y por sentar plaza en la práctica profesional. Freud, dos años mayor, se había casado en 1886, año precedente al de su encuentro con Fliess, y había instalado su consultorio en el número 8 de la Maria Theresienstraße. Durante los años que estas cartas hacen desfilar ante nosotros, vemos crecer su familia hasta llegar a los seis hijos y nos enteramos del traslado al apartamento de la Berggasse 19, casa que Freud sólo habría de abandonar cuarenta y siete años más tarde^[14], para emigrar a Inglaterra después de la ocupación de Austria por los nacionalsocialistas. Tenemos noticias del casamiento de Fliess con Ida Bondy, de Viena; del nacimiento de sus tres hijos y de la existencia que llevaban ambas familias, en la medida en que puede hallar un reflejo natural en la correspondencia de dos amigos.

La semejanza de sus circunstancias exteriores de vida se integra con la comunidad del acervo cultural de ambos hombres. Sus respectivas inclinaciones científicas reposan en ambos sobre una sólida base humanística. Comparten la admiración por las obras maestras de la literatura mundial y se transmiten mutuamente citas aptas para servir de epígrafes a sus reflexiones. Freud, además de aludir continuamente a Shakespeare y encomiar a Kipling y a otros novelistas ingleses contemporáneos^[15], expresa a Fliess su agradecimiento por haberlo familiarizado con Conrad Ferdinand Meyer, el cuentista suizo que siguió siendo siempre uno de sus autores predilectos.

Las mutuas incitaciones literarias traducen, además, las inclinaciones predominantes en ambos hombres. Entre los libros de Freud se encuentra una edición en dos tomos de las conferencias de Helmholtz que Fliess le envió como regalo de Navidad en 1898. Freud, a su vez, que en la última década del siglo seguía muy de cerca la literatura clínica, no cesaba de remitir a su amigo de Berlín apresuradas tarjetas postales en las que le señalaba novedades alemanas, francesas o inglesas en el campo de la otolaringología, por si hubiesen escapado a la atención de éste^[16]. Además, le refiere su frecuentación de las obras psicológicas contemporáneas, pero también su creciente interés por los estudios prehistóricos y arqueológicos, por las primeras y modestas antiguallas griegas y romanas, adquiridas en reemplazo de su largamente anhelado y siempre pospuesto viaje a Italia, con el que soñaba en el sentido y en el ánimo del que Goethe efectuara. Entre las escasas noticias del día, que Freud menciona especialmente, se cuenta la de los descubrimientos de sir Arthur Evans en Creta, primeros anuncios del resurgimiento de una civilización desconocida desde los escombros del pasado.

Los respectivos ambientes en que ambos amigos vivían eran, en cambio, agudamente dispares. El contraste entre la cansada y estrecha Viena de Francisco José y el vivaz y pujante Berlín de Guillermo II refléjase a menudo en las cartas de Freud. Dicho contraste se extendía hasta la esfera económica: en Viena, la práctica de la medicina, «hasta las cumbres mismas de la profesión», era sensiblemente afectada por los menores reveses de la situación económica general, llevando a una inestabilidad que, agregada a la que el prestigio de Freud experimentaba ante los colegas y ante el público, incidía cada vez en su economía familiar. Las cartas de Freud nada dicen de dificultades análogas que pudieran haber afectado a Fliess, cuya actividad médica parece haber progresado rápida e ininterrumpidamente. Des-

de su matrimonio, por otra parte, Fliess habíase visto libre de toda preocupación económica.

El contraste entre Viena y Berlín comprendía asimismo la esfera política: Freud informa sobre la decadencia del liberalismo en Viena, sobre la victoria de los antisemitas, que habían conquistado la administración comunal; sobre las tendencias antisemitas reinantes en la Sociedad Médica de Viena, en la Facultad de Medicina y entre las autoridades docentes que durante largo tiempo aplazaron su nombramiento de profesor, título del cual podíase esperar con sobrada razón que daría nuevo impulso a la práctica privada de Freud, ya que el público vienés de esa época solía conceder su confianza al especialista en la medida de la posición académica que éste ocupara^[17]. Ambos amigos seguían con comprensible interés las noticias del proceso Dreyfus y la «batalla por la justicia» librada por Zola; al respecto, Fliess parece haber encomiado el espíritu progresista prevaleciente en Berlín y en toda Alemania.

No obstante, el verdadero móvil de la correspondencia entablada no residía en la similitud de origen, de cultura o de las respectivas situaciones familiares ni en nada personal o privado, pues aun en los años de su más estrecha amistad las relaciones entre ambas familias nunca llegaron a ser íntimas ni se realizaron jamás los proyectos de reunir las durante las vacaciones estivales. Según podemos colegir de todas las cartas de Freud que se han conservado, la función del intercambio epistolar estaba determinada por la comunidad de las inquietudes científicas que animaban a ambos corresponsales.

La creciente frecuencia con que se comunicaban sus ideas y la mayor intimidad en el trato epistolar, que se traduce por la transición del formal «usted» al familiar tuteo, pueden relacionarse con un importante cambio operado en las relaciones personales y científicas de Freud, cuando se separó de José Breuer [1842-1925]^[18]. Ya en sus años de